

nas adelantamos nada. Bogamos más y más contra una fuerte corriente de proa, pero debemos ir adelante, no hay otro remedio. A pesar de todo notamos que la corriente nos conviene, por cuanto va separando el hielo de tierra. Un paso tras otro se abre ante nosotros y los negros picos de la isla Paulet se aproximan más y más. —«Ya puedo ver un pájaro sobre un montón de piedras» — dice uno. En tal caso debemos estar muy cerca. Se percibe un ligero olor á guano. Vamos surcando muy despacio una extensión de agua libre de hielo, cerca de la costa. Las fantásticas torres y chapiteles de la isla se reflejan en la agitada superficie. La orilla parece de difícil acceso; pero sabemos desde hace tiempo que por el otro lado hay un desembarcadero magnífico. Ya doblamos el cabo y se presentan á nuestra vista las tan conocidas colinas. Los pájaros bobos chillan y alborotan. Seguramente no les gusta que lleguen conquistadores que no se conducen con muchos miramientos. ¡Qué impresión sentimos cuando los botes empiezan á tocar fondo! ¡Qué satisfacción y qué felicidad experimentamos después de dieciséis días de batallar con los elementos al poner de nuevo los pies en tierra firme! Este triunfo nos infunde bríos más que suficientes para continuar nuestra obra por encima de todo y no perder la esperanza.



Isla de Paulet.—(X Choza invernal).

CAPITULO XXV

Ropas y alimentos, casa y hogar

ESTÁBAMOS bastante cansados cuando llegamos, después de seis horas y media de remar sin interrupción ni probar bocado desde la noche anterior. Sin embargo, no nos pudimos permitir ningún rato de descanso, sino que, en seguida, tuvimos que empezar á transportar todos los efectos, pues nos hallábamos en la marea baja. Un par de horas después habían conseguido los cocineros hacer la comida, que fué notable. No en cuanto á su composición, toda vez que consistía únicamente en carne adobada, café, manteca y galletas de barco, sino por ser la última vez que comíamos carne de la que nuestros cazadores nos habían proporcionado; la última vez que poníamos azúcar al café y la última vez también que podíamos tomar la manteca y el pan que quisiésemos. Experimentábamos un gusto especial al poner el azúcar en la taza... yo me eché doble cantidad de terrones que de ordinario, aunque por regla general no tomo muchos.

La playa en que varamos los botes no es muy ancha,

mas sigue á ésta una pendiente que era donde habíamos transportado los efectos. Dicha pendiente estaba libre de pájaros bobos y se encuentra en medio de colinas escarpadas, siendo, entre todos los puntos habitables de la isla, el más resguardado contra los vientos. Una vez armada la tienda y bien terraplenado el suelo, tuve tiempo de dar un paseo de reconocimiento, del cual haré una ligera descripción.

La isla de Paulet se halla situada aproximadamente á los 55° 50' de longitud y 63° 35' de latitud. (Por consecuencia, la latitud correspondiente en Suecia viene á ser poco más ó menos la de Örusköldsvik.)

Es una isla casi redonda y vendrá á tener próximamente media legua sueca de circunferencia. Se compone casi totalmente de basaltos y otras rocas volcánicas aun no completamente formadas, y deja la impresión de una típica isla de cráteres, en cuyo centro hay un pequeño lago circular hacia el cual, en forma muy escarpada, convergen sus orillas. Por donde nosotros estamos se encuentra el talud que mira al norte y noroeste, que se extiende muy poco más allá de nuestra tienda. La parte que se inclina hacia la playa está cubierta por una capa de guano, probablemente muy antigua y espesa, viéndose en ella infinidad de peñascos esparcidos aquí y allá. Después se levanta la isla en llanuras hacia el límite de los montes que van al este, sur y oeste. El pico más alto se encuentra á 385 metros sobre el nivel del mar. Los puntos donde están los cráteres son en su mayoría de difícilísimo acceso, viéndose muy pocos sitios por donde sea posible trepar hasta ellos.

Toda la isla está cubierta de productos eflorescentes que en alto grado dificultan la ascensión, y las caídas son

muy frecuentes. Sólo al norte y nordeste hay una faja algo ancha de playa. Por todo lo demás, se meten los montes hasta dentro del mar y, si no hay nieve, únicamente en las mareas bajas, y aun así con gran cuidado, es posible pasar. Durante el invierno es otra cosa, pues entonces se cubre toda la orilla de nieve ó hielo, sobre el cual se puede pasear con relativa comodidad. El color de la isla es ceniciento muy obscuro ó negro, destacándose en algunos sitios concreciones de un color moreno tirando á rojo de productos eflorescentes, al igual de lo que ocurre en otras regiones volcánicas. Se ven por todas partes multitud de sorprendentes detalles, rocas de forma atrevida y admirable, á las cuales me refiero más adelante.

La isla se presentaba á nuestra llegada muy triste y desolada. Haslum tenía razón, por desgracia, pues los pájaros bobos en su mayor parte se habían marchado. Los que quedaban eran viejos, que estaban pelechando, y se presentaban con toda modestia y quietud, aunque naturalmente algo irritados por nuestra presencia. Casi todos pertenecían á la especie negra-blanca de pájaros bobos adelia (*pygoscelis adeliae*). Únicamente unos cuantos de los pájaros bobos asnos de color gris-blanco, con pico encarnado, (*pygoscelis papua*)—llamados así por su graznido alborotador—corrían arriba y abajo como queriendo ahuyentarnos. El mismo día que llegamos á tierra vimos un *eudyptes*, que fácilmente se distingue de los restantes por los penachos de color amarillo anaranjado que tiene á los lados de la cabeza. También había otras clases de pájaros, el *megalestris* y el enorme *bruna labben*, que no tenía aún todas sus crías en disposición de volar. El águila quebrantahuesos (*ossiifraga*) vuela lentamente, elevándose en el espacio y echando de vez en

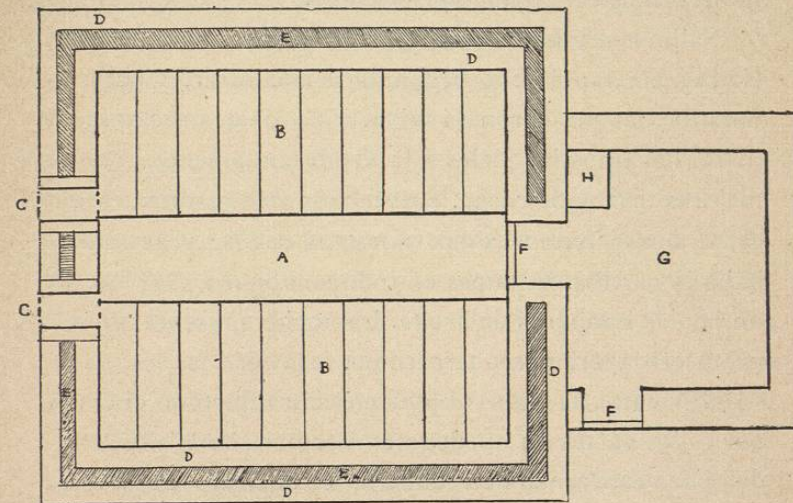
cuando miradas devoradoras á tierra. El diminuto y blanco chionis salta alrededor de nuestra tienda recogiendo todo lo comible.

No se ve ni siquiera un pájaro bobo joven. Sí, había uno, tan sólo uno, y el pobrecillo tuvo un triste fin. El animalito seguramente se había retrasado, pues todos sus compañeros estaban allá lejos en el hielo, quedándose allí solo, cubierto aun con la primera pluma y parecía como avergonzado. Nuestra presencia lo alteró, y el pobre, queriendo hacerse el grande, se dirigió hacia el agua. Era la primera vez que lo hacía. Tomó bríos, irguió la cabeza y se lanzó decididamente al líquido elemento. ¡Qué dicha, ser grande y nadar de aquí para allá! Pero quiso meterse á hacer lo que cualquier otro pájaro ya completamente formado: le entraron ganas de zambullirse. Se agita y pone las patas en movimiento, inclina la cabeza cuanto puede, pero la pluma coge demasiado aire, trabaja con todas sus fuerzas y continúa en la superficie flotando como un corcho.

La enorme y perversa águila quebrantahuesos está observando desde hace tiempo y se regocija en extremo. Va descendiendo poco á poco, se arroja sobre la superficie del agua y da al mísero pinguino un picotazo. ¡Cómo se agita éste! ¡Ah, si se volviese otra vez polluelo y estuviese con sus padres allá arriba en la colina! Otro golpe más y el perverso animal da principio á su festín. Debe ser delicado, pues sólo toma lo mejor, las tripas, y continúa su camino. No tiene tiempo de padecer mucho el pobre animalito, pues pronto llegan los labos y dejan bien poco de él. Este fué el cruento fin del último pájaro bobo del estío. Desde entonces odio profundamente á la enorme águila quebrantahuesos.

En vano tratamos de procurarnos alguna foca. Debía haber... pero, ¿y si no las encontrábamos? ¡La carne de pájaro bobo ofrece tan pocos atractivos!

Sin embargo, acostarnos y dormir sobre terreno firme, convencidos de que al día siguiente nos hemos de



Plano de la choza Paulet.

A pasillo del medio, B camas, C ventanas, D paredes, E espacios intermedios llenos de guano, F puertas, G cocina, H hogar.

levantar en el mismo grado de longitud y latitud, ¿no puede decirse que constituye una vida llena de encanto?

Las piedras no tienen nada de blandas. Sin embargo, hubiésemos dormido divinamente si no se hubiera desencadenado una tempestad. Venía del noroeste con terrible velocidad, haciendo temblar el armazón de la tienda y chocando con violencia contra las velas. Como era tan fuerte, finalmente, rompió una de estas, y si no hubiese sido por uno de nuestros diligentes compañeros, que

subió apresuradamente á arreglar la avería, es seguro que no habría quedado rastro de nuestro albergue.

1.º de marzo. — Empezamos un nuevo método de vida. Puede verse en la comida, que se compone de sopa de pájaro bobo. Es bastante buena, pues la carne que condimentamos es de pingüinos jóvenes.

Salimos á buscar focas y por esta vez tuvimos suerte. Nada menos que ocho llegamos á encontrar, y naturalmente todas perdieron la vida. Con demostraciones de júbilo llevamos las pieles á la tienda juntamente con los mejores trozos de carne. Satisfechos del resultado de la caza, nos echamos sobre nuestros sacos, y pronto se halla la partida de naipes en todo su apogeo, á la luz de un par de lámparas de aceite. La noche presenta un aspecto verdaderamente terrorífico.

El viento ha sido imponente durante todo el día, y por todas partes ha quedado el mar libre de hielos. Perdemos la esperanza de recuperar el depósito de víveres que habíamos dejado.

El 1.º de marzo es domingo, y todo el día lo dedicamos únicamente á cazar focas. Pero tenemos también otra cosa en qué pensar. Estamos persuadidos de que no podremos guardar mucha confianza en nuestra tienda por su poca consistencia. Es verdad que ha resistido ya una tempestad, pero no sabemos lo que ocurrirá en la próxima. Además, no tiene condiciones para conservar el más mínimo calor, y vivir de esta manera todo un invierno resulta imposible.

Debemos, por lo tanto, construirnos una casa. Primero procuramos encontrar sitio apropiado. La explanada que hay junto á la playa, al este de nuestra tienda, es bastante plana, y bajo este punto de vista puede con-

siderarse conveniente, pero los vientos deben ser allí muy molestos; por lo demás, presenta también dificultades para procurarnos los materiales. La pendiente donde en la actualidad estamos no presenta ni un solo punto completamente llano, pero está más protegida contra los vientos, pues hay elevaciones de terreno tanto á la derecha como á la izquierda, y lo mejor de todo es que una de ellas está cubierta por gruesos bloques de basalto planos y de clase finísima, que parecen excelentes para la construcción. Así, pues, nos resolvemos á edificar la choza al pie de esta elevación. Dicho y hecho. Empezamos á romper los bloques de basalto más grandes y de forma más irregular, que por cierto se hallan cubiertos por guano viejo. Este ofrece la ventaja de que ahora no echa olor, al contrario de lo que ocurre con el que hay en otros sitios de la isla, que despedía una peste insoportable. Nuestro calzado y ropas se llenaban de polvo de guano que, naturalmente, iba á parar á la tienda de campaña. Pero pronto nos acostumbramos tanto á esta molestia que ni siquiera reparábamos en ello; después vinieron las heladas y dieron fin á tan desagradable polvareda.

Teníamos que romper los bloques de basalto con las manos, pues no disponíamos de ninguna clase de herramientas. Después hacíamos rodar los pedazos por la pendiente, yendo á parar precisamente al punto donde se han de hacer los cimientos. Algunos de nosotros estamos preparados para recibirlos y los vamos colocando en el sitio correspondiente. Hacemos muros dobles y llenamos el hueco intermedio con piedras pequeñas y guano, naturalmente del viejo, que no despide olor alguno. Sin darnos cuenta de ello, terminamos los cimientos, y llenos

de orgullo y esperanza contemplamos nuestra primera prueba en el arte de construir. El estilo es completamente nuevo y original, y puede con toda propiedad denominarse *estilo Paulet*. Seguramente no se encuentra en ninguna otra parte... y desearía, además, que ninguno de mis lectores se vea nunca obligado á emplearlo.

En las inmediaciones de la choza se han concluido todas las piedras, y hay que ir á buscarlas á otra parte. Tenemos que andar un poco más lejos y subir por la colina buscando las más á propósito. Es un trabajo pesado estar hora tras hora cargando piedras á la espalda. La operación que venía después era más llevadera, pues se trataba únicamente de ir colocando piedra sobre piedra para unir las con tierra, procurando dejar las paredes tan lisas como fuera posible. Naturalmente continuamos edificando dobles muros en torno del recinto. El objeto principal era que pudiéramos estar veinte hombres bajo techo lo suficientemente resguardados de los vientos y de los fríos. Nos cansábamos á fuerza de trabajar y teníamos mucha sed; de vez en cuando teníamos que permitirnos un rato de descanso y beber un trago en el balde del agua. Esta procedía del lago cuya descripción se ha hecho en otro lugar. Tiene un color amarillo verdoso y un gusto desagradable, pero se comprende, pues miles de pájaros bobos han vivido en las escarpadas pendientes, de las cuales todo lo arrastrable va á parar al lago. Pero no reparamos en tales pequeñeces, y hervida en la sopa, no se nota tan mal gusto.

El orden en las comidas no era durante esos días, los más fuertes de trabajo, enteramente igual que en los demás. Tomábamos tres comidas al día: café ó té, por la mañana; al mediodía, sopa de foca ó de pájaro bobo, y

por la noche lo mismo, pero con la diferencia de que tomábamos una galleta más. Pasada la semana que estuvimos ocupados en la construcción, apenas si nos llevábamos nada á la boca fuera de horas.

*

Como ya he dicho en otra ocasión, teníamos convenido que nuestros compañeros esperarían el «Antártico» desde el 25 de febrero al 10 de marzo. Después debían, naturalmente, emprender la vuelta á Snow-Hill, pero de todos modos, era de interés que supiesen lo que nos había ocurrido, porque si alguna expedición de auxilio iba á socorrerles, podría marcharse sin venir en busca nuestra.

El tiempo era delicioso en la mañana del 3 de marzo, y á las siete y media un bote con el primer piloto, K. A. Andersson y tres marineros abandonaba nuestra isla y se dirigía bogando al sitio donde suponíamos que podrían estar J. G. Andersson y Duse con los demás individuos de la estación invernal. Desgraciadamente tuvieron que marcharse llevando un stock insignificante, pues no consistía más que en unas cuantas latas de conservas, las cuales no hubiesen sido suficientes para un solo hombre, cuanto menos para cinco. El trayecto no era corto, toda vez que alcanzaba á unas treinta millas inglesas.

No hacía mucho que habían salido cuando el viento sopló del noroeste y empezó á refrescar. Toda aquella mañana trabajamos incansables en llevar piedra al sitio donde estábamos edificando. Las paredes crecían con rapidez, aunque era tarea difícil adelantar mucho con

pedras que sólo tenían un decímetro de grueso ó poco más. Estábamos muy inquietos por los navegantes, pues el viento se hacía más fuerte y era desfavorable para ellos. Nos tranquilizamos, por fin, cuando les vimos de nuevo en nuestro radio á las tres de la tarde. Se notaba que habían tenido grandes dificultades, por cuanto todos estaban completamente mojados.

El día 4 de marzo dice el diario: «Reinó fuerte viento todo el día y el golfo de Erebus y del Terror quedó libre de hielo. Precisamente en el último momento habíamos conseguido llegar á tierra, pues el día primero ya se formó gran oleaje, que rompió todos los témpanos de hielo en pedazos pequeños.»

Cuando hacía buen tiempo se hacía tolerable el acarreo de piedra, pero no tenía nada de agradable hacerlo con aquella tempestad. Siguiendo así, pronto tendré despellada la espalda.

Probamos un nuevo plato preparado con productos de la región, ó sea beefsteak de foca. Yo, mientras lo estuve comiendo, me pareció bueno y abrigué la creencia de que me sentaría bien, pero después sentí un fuerte hormigueo por todo el cuerpo. Por el contrario, los pedazos grasientos, bien asados, los encontraba tan excelentes como el tocino frito, que ya es saber bien. Con gran sentimiento tengo, sin embargo, que agregar acerca de esto: «pero la parte grasienta le quita mucha vista y no es conveniente emplearla.»

En estos días habíamos cogido alguna que otra foca y un leopardo marino, todo ello sin entretenernos mucho en buscar las presas. El día 5 botamos la canoa al mar, y Larsen, juntamente con el botero, fueron á dar, remando, la vuelta á la isla. Pocas horas después estaban de

regreso, recibéndolos con gran alegría, pues traían en la canoa, entre varias otras piezas para asar, ocho magníficas pieles de foca con gran cantidad de grasa.

La casa iba adelantando paulatinamente. La abertura de la puerta que conduce á la futura cocina había quedado arreglada, toda vez que, después de mucho buscar, habíamos conseguido encontrar un par de losas lo suficientemente grandes para poderlas colocar sobre la referida abertura. En la pared opuesta se había dejado sitio para dos ventanas pequeñas. Esperábamos que podríamos colocar el techo antes que sobreviniese alguna lluvia ó nevada fuerte, pero no sucedió así. Aquella misma noche se desencadenó una tempestad de nieve, y gran cantidad de ésta se afianzó á las paredes de nuestro edificio en construcción.

No nos encontrábamos bien del todo. El estómago se resiste á comer tanta carne. No tenemos otros alimentos que elegir, pues con la galleta y la taza de café no queda nadie satisfecho. La mayor parte de mis compañeros se acostumbraban al nuevo régimen, y ninguno se encontraba tan mal como yo desde hacía algunas semanas.

El día 6 fué verdaderamente horrible. La tempestad de nieve arreciaba cada vez más, con viento del sur, fuerte y frío. Nos sentíamos derrengados por el trabajo; las piedras de la colina estaban cubiertas por completo de nieve, circunstancia que hacía más penoso y difícil encontrar alguna de las que podían servir para el objeto que las deseábamos.

El mismo mal tiempo continuó hasta el día 7. Pero por la tarde dejamos terminados los trabajos más indispensables de la casa y empezamos á arreglar el techo. Colocamos dos tablas en el centro, y á los lados, como

travesaños, dos de los palos de la tienda. Hicieron las veces de vigas dos bicheros de los botes, y encima de todo aquel armazón pusimos las velas, que por los lados se sujetaron con tierra á los muros. Se cubrieron las ventanas, y en el hueco de la puerta se colgó un trozo de hule. Por la noche efectuamos el traslado. Había bastante nieve por el suelo y en todas las grietas de los muros, pero por el momento no podía evitarse.

Vamos entrando en el invierno. El viento forma fuertes remolinos de nieve, entrando ésta á montones en nuestra choza, y la puerta no puede quedar obstruída, pues somos veinte los que debemos estar continuamente entrando y saliendo. El termómetro señala de 8° á 10° bajo cero durante todo el día y baja aún más por la noche. Se siente bastante frío dentro de la habitación, pero esperamos que mejorará la situación tan pronto como la cocina, que va delante de la puerta interior, quede terminada y hayamos colocado pieles de foca sobre las lonas del techo. De las tales pieles necesitamos treinta, según cálculos. Ya tenemos algunas tendidas en la cuesta, pero están fuertemente heladas y cuando se deshielen las coseremos á las velas. Una vez arregladas también las ventanas y la puerta, esperamos que no nos moriremos de frío.

Como mejora en nuestras comidas hemos empezado á tomar manteca en la sopa. No la teníamos en cantidad para tomarla en todos los guisos, pero sí podíamos tomar una poca con pan y nos sentaba muy bien. Por mi parte, creo que tendríamos que agradecer á la manteca nuestro buen estado de salud durante el invierno, pues debería en cierto modo compensar los productos alimenticios vegetales, de los cuales teníamos una existencia suma-

mente insignificante. Al principio nos tragábamos los trozos de manteca sin atrevernos á gustarlos, pero después, si eran frescos, los masticábamos con verdadero placer.

El mal tiempo no cesaba, pero no nos impidió por eso construir nuestra cocina. El cocinero estaba bastante incómodo, pues la nieve llegaba en remolinos hasta los que se hallaban más cerca de la puerta. La satisfacción fué, por lo tanto, general, cuando un par de días después, la cocina, que hacía también las veces de despensa, quedó terminada. Esta no tenía más que tres paredes sencillas de igual altura, y el techo lo componían trozos de hule y de velas unidas. Durante el arreglo de la casa, tuvo ocasión el piloto Andreasen de demostrar su ingenio. Colocó las ventanas y construyó las puertas con cerradura y todo. Teníamos, pues, verdaderas ventanas, y nada menos que dos. En la cámara del «Antártico» había dos retratos con marco y cristal, los cuales habíamos traído con nosotros á tierra. Después de quitar las fotografías, colocamos los marcos con sus cristales en los huecos de las ventanas, y aun cuando no era mucha la luz que entraba, quedaba, sin embargo, muchísimo mejor que si hubiese estado completamente á oscuras. No fué tarea tan fácil encontrar materiales para las puertas. Pero el piloto era hombre de medios. En el interior de los botes había unas tablas que podían quitarse sin que aquellos dejaran por eso de quedar en buenas condiciones para navegar, y con dichas tablas consiguió hacer las dos puertas que se necesitaban, compuestas de su marco con un listón atravesado y cubierto el todo con lona clavada. La puerta interior giraba sobre bisagras y la exterior con goznes, según la manera antigua.